

La inteligencia artificial entre universitarios: desafíos y transformaciones

La irrupción de la inteligencia artificial generativa (IA a partir de aquí) nos alcanza en un momento en que América Latina y el Caribe todavía no ha saldado una de sus deudas más urgentes: garantizar que la educación superior sea, en los hechos, y no sólo en nuestras declaraciones, un derecho humano y un bien social.

No es la primera vez que una transformación tecnológica llega con la promesa de democratizar el conocimiento, aunque en los hechos profundiza las asimetrías sociales estructurales que nos aquejan. Tenemos sobrados ejemplos en las últimas décadas, comenzando por el surgimiento de la digitalización de los procesos educativos, la aparición de la internet, la web y la docencia virtual, entre otras.

Sin negar las grandes oportunidades que abrirá el uso masivo, responsable e inteligente de IA en el proceso de enseñanza y aprendizaje, todo parece indicar que avanzamos hacia la profundización de la mercantilización de la educación superior, con la aparición de nuevos proveedores que pronto se volverán indispensables para estudiantes, instituciones y gobiernos, en una lógica rentista que agranda la brecha entre el Norte y Sur global.

La tensión entre la adopción de tecnologías innovadoras y el derecho a una educación de calidad con igualdad de derechos se repite con la aparición de los sistemas de la IA que crecen bajo el arbitrio de un pequeño grupo de corporaciones ajenas a nuestras realidades y desconectadas de nuestras necesidades, de nuestras lenguas y de nuestra población más vulnerable. La pregunta que nos desvela no es si la IA va a cambiar la educación superior, pues eso ya está sucediendo, sino en beneficio de quién.

A pesar del enorme esfuerzo sostenido durante poco más de tres décadas por las Conferencias Regionales de Educación Superior (CRES), de la UNESCO/IESALC para América Latina y el Caribe y sus grandes consensos, por nuestras redes universitarias y las asociaciones de rectoras y rectores, y hoy también por quienes estudian con seriedad el impacto de la educación superior en nuestras sociedades, la deuda con nuestros pueblos sigue intacta.

Somos una región que exhibe niveles de desigualdad que ninguna declaración logra disimular, atada todavía a una matriz productiva profundamente primarizada y atravesada por una violencia interpersonal sólo comparable a regiones en guerra. La marginación y la discriminación no encuentran mitigación. Millones de nuestros hermanos y hermanas siguen sin acceso garantizado a los derechos más elementales, y en ese contexto, hablar de inteligencia artificial sin hablar primero de justicia social es, en el mejor de los casos, un ejercicio de ingenuidad.

Pero hay una falencia que estructura todos estos padecimientos y que es importante señalar especialmente en un medio académico como nuestra revista *Universidades*, pues suele quedar opacada por el debate, legítimo pero parcial, sobre la calidad de nuestra educación superior: nuestros sistemas de educación superior siguen sin integrarse. No se trata de que produzcamos menos o peor conocimiento, se trata de que lo producimos fragmentados, cada país mirando hacia adentro o hacia el norte, en lugar de reconocer que compartimos un destino común como región.

Potenciar el impacto de la inteligencia artificial en nuestras sociedades no depende únicamente de mejorar cada institución por separado, sino de animarnos por fin a colaborar como lo que somos: una región con problemas comunes que exigen respuestas colectivas en un mundo agresivo y competitivo dominado por la codicia. Pero esa colaboración debe orientarse también a construir capacidades propias: infraestructura de cómputo, datos pertinentes y protegidos, formación avanzada e investigación interdisciplinaria que permitan no solo usar, sino también evaluar, adaptar y producir sistemas de IA. De otro modo, la región corre el riesgo de consolidarse como mercado consumidor y fuente de datos, en vez de productora de conocimiento e innovación para sus propios desafíos de desarrollo.

A este panorama se suman tendencias que profundizan las desigualdades existentes: la reducción de la inversión pública en educación, ciencia y tecnología; la concentración de capacidades digitales y plataformas en un número limitado de corporaciones; la desregulación de usos de la inteligencia artificial que requieren deliberación democrática; y el debilitamiento de las formas nacionales, regionales e internacionales de cooperación científica.

En el ámbito universitario, estas dinámicas limitan la autonomía institucional y la capacidad de orientar la innovación tecnológica hacia fines públicos. Frente a ellas, resulta indispensable fortalecer la inteligencia colectiva, la cooperación regional y las políticas que permitan a nuestras universidades no solo adoptar tecnologías, sino también comprenderlas, evaluarlas y producir conocimiento pertinente para sus sociedades. Cuando la crisis de valores exige más que nunca inteligencia colectiva y decisiones compartidas, se nos propone exactamente lo contrario: cada nación, cada institución, cada persona librada a su propia suerte, lo cual implica un retroceso de siglos en la evolución de la civilización humana.



Excede por completo las posibilidades de este número, y sin duda de cualquier número de cualquier revista, dar una respuesta cabal a un desafío de esta envergadura. No pretendemos, ni sería honesto pretenderlo, resolver desde estas páginas la tensión estructural entre cooperación e individualismo, entre sometimiento e independencia, ni saldar de una vez la deuda histórica de integración que arrastra nuestra región. Ni siquiera discutir la responsabilidad que nos cabe como universitarias y universitarios en este presente tan complejo e injusto.

Sabemos también que la inteligencia artificial seguirá transformándose de manera acelerada y que ningún número de revista, por actual que sea, podrá seguirle el ritmo. Pero estamos convencidos de que pensar con rigor, colectivamente y desde nuestra propia mirada latinoamericana y caribeña, cómo la inteligencia artificial interpela a la educación superior, es, aunque modesto, un aporte necesario. Necesario porque cada vez que nuestra región logra producir conocimiento propio sobre los desafíos que la atraviesan, gana un poco de la soberanía intelectual que tantas veces le fue negada. Y necesario, sobre todo, porque los debates que siguen en estas páginas no vienen a repetir lugares comunes sobre la IA, sino a pensarla desde nuestras urgencias y nuestras posibilidades concretas de transformación.

Con ese espíritu, y con la convicción de que cada aporte cuenta, presentamos este número con la esperanza de que sirva como disparador de futuros debates, encuentros y esfuerzos compartidos, en un contexto que exige reafirmar la cooperación, el pensamiento crítico y la responsabilidad pública frente a la lógica reaccionaria imperante que busca respuestas basadas en el individualismo y la fragmentación. En el campo de la inteligencia artificial, esta disputa se expresa en decisiones concretas sobre quién controla los datos y las infraestructuras, quién financia y orienta la investigación, y con qué criterios se incorporan estas tecnologías en las universidades. Por ello, una política

científica y universitaria comprometida con el interés público debe fortalecer capacidades propias y formas de cooperación que impidan que la innovación amplíe las dependencias y desigualdades existentes. Hacerlo desde las páginas de Universidades nos obliga además a asumir la responsabilidad pedagógica, política y ética de examinar la docencia universitaria ante este nuevo horizonte.

Las investigaciones reunidas en este volumen no pretenden ofrecer recetas definitivas, sino mapas preliminares, brújulas y alertas, que nos permiten entender de qué manera la IA impacta en las formas, las estrategias y las prácticas docentes en América Latina. A través de un recorrido por experiencias institucionales, programas formativos, desarrollos territoriales y enfoques didácticos aplicados, los cinco artículos



aceptados para esta edición dialogan entre sí, esclareciendo tanto el potencial democratizador de la IA como las paradojas y desigualdades que su adopción puede exacerbar.

Abrimos este número con el trabajo de Nelson Piedra Pullaguari, que nos ayuda a poner un poco de orden en un debate que suele mezclarse sin necesidad: una cosa es enseñar qué es la IA y cómo usarla con criterio, y otra muy distinta es usar la IA para mejorar cómo enseñamos y aprendemos. El autor llama a esto “educación para la IA” e “IA para la educación”, y muestra con claridad que no son la misma pregunta ni se resuelven con la misma receta. Su aporte más valioso es advertir que confundirlas produce malas políticas: universidades que compren herramientas sin formar a quienes las van a usar, o que promueven una alfabetización que después nadie ejerce en la práctica. Piedra no se queda en el diagnóstico: propone una matriz sencilla para que cada institución pueda ubicarse y entender si está adoptando IA sin criterio, si solo la enseña en abstracto, o si logra articular ambas cosas con sentido pedagógico y ético. Es una hoja de ruta útil, precisamente, para transformar esas capacidades pendientes de las que hablan Henao y Samoilovich enseñada.

En el segundo trabajo, Kelly Henao Romero y Daniel Samoilovich, de la Asociación Columbus, analizan diez ediciones de un programa de formación docente en inteligencia artificial generativa desarrollado junto al Tecnológico de Monterrey y que ya formó a más de trescientos profesores universitarios de América Latina y Europa. Los autores hacen notar que la adopción de la IA en nuestras universidades funciona como una paradoja de *leapfrogging* o “a salto de rana”, en la que incorporamos tecnología de punta antes de haber consolidado las capacidades pedagógicas e institucionales necesarias para usarla bien. Los docentes avanzan rápido en lo instrumental: *prompts*, materiales, asistentes; pero esos avances no alcanzan todavía para desplegar todo el potencial transformador de la IA en el proceso de enseñanza y aprendizaje, ni para lograr que los propios estudiantes hagan un uso significativo de estas herramientas. En otras palabras, el trabajo resalta un hecho obvio pero muchas veces invisibilizado: la incorporación de la IA no es un problema de herramientas. Es una prueba de madurez institucional. Y esa madurez no se construye en soledad, universidad por universidad, sino con programas de cooperación regional que acompañen el desarrollo de las capacidades que todavía nos faltan.

En el tercer trabajo, Alma Maldonado-Maldonado, Christian Cortés-Velasco, Roberto Flores Rojas y María Eugenia Romero Valencia nos invitan a reflexionar sobre cómo la IA interactúa con la



desigualdad estructural preexistente en la educación superior. A partir de un estudio cualitativo en instituciones mexicanas, los autores ofrecen tres pistas analíticas –normativa, pedagógica y de recursos– que clasifican las respuestas universitarias en niveles de consolidación, integración y reconocimiento. Su hallazgo es categórico: la tecnología opera sobre un escenario heterogéneo donde la falta de liderazgo o de infraestructura convierte a la IA no en un igualador, sino en un espejo de alta resolución que profundiza la segmentación institucional y las brechas cognitivas.

Por su parte, el trabajo de Mariana Ramírez Sandí, Gabriela Garita González, Mildred Soto Vargas, Maikol Guzmán Ala, Miguel Arturo Corrales Ureña, Aarón Villegas Moray y Fiorella



Bonilla González nos ofrece un valioso testimonio de cómo la docencia universitaria puede trascender el aula y articularse con el territorio y el desarrollo local a través de la metodología de aprendizaje situado. Mediante la experiencia desarrollada en la Universidad Nacional de Costa Rica en el marco de los Trabajos Finales de Graduación, el estudio detalla cómo estudiantes y académicos diseñaron un sistema de información web para emprendimientos locales que integra un *chatbot* operativo para la gestión comercial y un modelo de lenguaje orientado a asesorar sobre la salud y el bienestar en el consumo de productos locales. Esta contribución demuestra cómo los procesos de enseñanza y aprendizaje en las disciplinas tecnológicas se enriquecen al vincular la alfabetización digital aplicada con el compromiso social universitario, transformando la formación de grado en un canal efectivo para reducir brechas digitales y potenciar el ecosistema socioeconómico.

El último trabajo, de Francisco Cervantes Pérez, va más lejos: sostiene que la irrupción de la IA en nuestra región no puede pensarse sin hablar de colonialismo de datos. Mientras las corporaciones del Norte extraen y capitalizan el comportamiento de nuestra gente, la periferia corre el riesgo de quedar reducida a mera proveedora de materia prima digital y consumidora pasiva de herramientas ajenas. Frente a esto, el autor propone que nuestras universidades disputen tres soberanías: de datos, tecnológica y cognitiva, como condición para no seguir dependiendo de decisiones que se toman lejos de nuestros territorios, en otros marcos culturales y sobre la base de estrategias globales que no solo no nos representan, sino que nos vulneran. En el plano concreto, plantea abandonar el viejo esquema de calendarios rígidos y avanzar hacia trayectorias de aprendizaje flexibles, con microcredenciales que permitan a trabajadores y egresados actualizarse a lo largo de toda la vida. Y coincide con algo que también aparece en los trabajos anteriores: nada de

A detailed illustration of a bird, possibly a sparrow or similar small songbird, perched on a small, textured branch. The bird has brown upperparts with darker streaking on its wings and back, and a white underbelly with small brown spots. It is facing left. The illustration is mounted on a light-colored card with four corner tabs, each secured by a small metal fastener.